

**MÚSICA** | 15.000 afortunados se dieron un festín de rock

## AC/DC: Un infierno celestial

*Quico Alsedo* | Madrid

Actualizado **viernes 03/04/2009 11:37 horas**

---

Alguien dijo una vez que las canciones de AC/DC son auténticas hamburguesas rock listas para ser devoradas. Ayer, así, **15.000 afortunados se dieron un auténtico festín rock extranutritivo y proteico** en el Palacio de los Deportes. Se pusieron hasta las trancas Javier Bardem, la insólita infanta Pilar -hermana del Rey, septuagenaria- y 15.000 fieles enfervorecidos, glotones pero insaciables.

Aunque el más zampón, quien más disfrutó del impresionante rocoso show de estos cincuentones australianos en Madrid estuvo, seguro, sobre el escenario. Con pantalones de colegial, cuerpo de niño tísico y una incandescente, sublime forma de retorcer su guitarra, un increíble Angus Young se zampó entero el Palacio, a medio camino entre el circo, el atletismo (qué despliegue) y la absoluta locura rock. El tipo rozó, sin exagerar, lo sobrenatural.

Todo, en fin, fue según el infalible guión de una banda que ha hecho del conservadurismo bandera, del «quien resiste, gana» adagio y del atavismo pura (y atávica) emoción.

Con su Rock & roll train a todo trapo y puntualidad digamos que anglosajona, la explosión se inició a las 21.30 horas. Fue una larga detonación de dos horas exactas que hasta los tres primeros cuartos, de pura potencia, volumen brutal, pareció a punto de descarrilar. Imposible que no fuera así soltando, casi de tacada, las impecables Back in black, Dirty deeds, Shut down in flames, Thunder struck, Hell's bells...

Brian Johnson lijaba su garganta con la brutalidad esperada y ejercía de efectivo maestro de ceremonias. Malcolm Young, el cerebro en la sombra, movía los hilos desde el fondo del escenario, gobernado por un enorme tren de cartón piedra con ese preceptivo punto horterero tan AC/DC. **El gentío, regado de cuernos rojos luminosos y a reventar el recinto hasta el último rincón**, rugía con infernal alegría, señalaba al cielo, se contorsionaba fuera de sí.

Las canciones, el colmo de la simplicidad pero impacto total, exhibían su infalible pegada de 100% vacuno. Y el sonido, probablemente perfecto, se unió a la fiesta -la voz fue sutilmente recolocada al segundo tema-.

Y luego está lo de Angus Young. La ciencia debería estudiar qué sucede en el sistema nervioso de este señor cuando pega su cuerpecillo y su careto de enajenado a una Gibson SG. Electroshock endógeno o algo así. Los tópicos, visto lo de ayer, se quedan muy cortos. Desgreñado, sudando ríos, boqueando cual besugo fuera del agua, Young se las apaña para tocar su guitarra con la mala leche de un adolescente y la caricia sabia de un anciano bluesman.

Y por si fuera poco, se maneja en escena como el más maquiavélico de los showmen, con un sentido del espectáculo que deja en bragas al 99% del resto del panorama. Sus hazañas van mucho más allá del célebre paso de la oca, que ejecuta como un suicida que corre hacia su ventana. Es como si sus ojos fuera de órbita fueran un imparable imán.

Hacia el tercer cuarto, con War machine y Anything goes, el incendio fue, digamos, controlado. Pero una excelsa, descomunal You shook me all night long trajo de nuevo el paroxismo, y los bomberos cogieron ya las cerillas. TNT, llamaradas incluidas, y Whole lotta Rosie (vieja tetona hinchable al fondo), dejaron en bandeja el final a Let there be rock. Y ahí tuvo Angus su concierto dentro del concierto: una inefable lección de cómo meterse en un puño a 15.000 tíos con un solo maratoniano, juguetón y abracadabrante -parte del cual ejecutó prácticamente haciendo volteretas y cabriolas-.